

Prólogo

De Jerez de la Frontera a Bornos pasando por la otra Tile

Los lectores sabrán disculpar que mi camino a Bornos, simbólica y vivencialmente, lo emprenda desde Jerez de la Frontera, donde escribo agradecido estas líneas, y busque por ello diversas y para mí emocionantes relaciones entre ambas localidades desde lo personal y lo literario.

Campos Elysios cristianos es el evocador encabezamiento que certeramente escogió fray Pedro Mariscal de San Antonio para la historia de Bornos y su comarca. Y, nada más verlo, de inmediato afloró en mi memoria un pasaje cervantino, el mismo que quizá también resonaba en la mente del fraile jerónimo.

En efecto, en la primera parte, cap. XVIII del *Quijote* leemos: «los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados».

Y era lógico que fueran «elíseos» los «jerezanos prados», si al Guadalete se lo identificaba tradicionalmente con el Lete, el infernal río «del Olvido», como trae a colación el propio fray Pedro en el capítulo XVIII del tratado primero:

359) El río Guadalete pasa a trescientos pasos de Bornos al mediodía y, por el Oriente, divide su término del de Villamartín. [...]

363) Este río se llama Guadalete, que quiere decir río de Lete o del Olvido, porque *guada* en arábigo o *Guid*, diciéndolo más rigurosamente, quiere decir río, y *Lethe* en griego es olvido. El moro Rasis llama a este río *Les*, que es el mismo nombre de *Lethe* mal pronunciado o escrito. Al tiempo que se ganó esta tierra de los moros, se llamaba en aquella lengua suya, o en la inculta de los españoles *Guadalaque*. Así lo nombra dos veces el rey don Alfonso el Sabio en una carta plomada que despachó, año de 1265, [...]. A este nombre se parece el de *Vadalac*, que aspirando con una *H* la *V*, viene a sonar lo mismo.

Bornos y Jerez de la Frontera están unidos, sin duda, desde muchos puntos de vista gracias a dos insignes jerónimos en el mismo convento bornense, que son el citado fray Pedro y nada menos que fray Esteban Rallón, unos años mayor que aquel. Y además se comprueba que estos dos lugares quedan vinculados por el

acervo cultural y el imaginario mítico del sur de la península. Pero ambos paradisiacos rincones no están solos, ni en el libro que estoy inmerecidamente prologando ni en el peculiar itinerario que en estas primeras páginas pretendo recorrer.

Me explicaré. María Toro, la abuela de mi primo el profesor Eugenio J. Vega Geán (imprescindible colega que sería, por supuesto, un prologuista más atinado que yo), y mi abuela Catalina Díaz, sufrida pero alegre y bondadosa, nacieron en Espera. Y Catalina, en concreto, fue hija de Manuel, que era cortijero, y Teresa, hábil partera por los términos de Lebrija, Gíbalbín, Jerez y Bornos, toda una vasta comarca que incluye necesariamente los históricos y fértiles pagos «ceretanos» del inmortal gaditano Columela (De los trabajos del campo III 3, 3, *in nostris Ceretanis*; III 9, 6, *in Ceretano tuo*), adivinados desde hace tanto y hoy ya por fin casi palpados por nuestras propias manos. Quién puede resistirse a la idea de que este sea el mismo *ager* de aquel Hílaro de quien nuestro Marcial (Epigramas VI 73) se hizo lenguas: Hílaro, el labrador más rico del campo ceretano («C[a]eretani cultor ditissimus agri»), que poseía aquellas colinas y fértiles mesas («colles et iuga laeta»), ¡como las de nuestra cercana Asta!; Hílaro, que en nuestros tiempos revive en inscripciones y *sigillatae* de la zona, para convertir lo que podría ser una mera, aunque asombrosa, homonimia en una fundamentada identidad de personaje y sitio. De una manera u otra, todos en origen provenimos de la campiña, somos «rústicos»: así lo entendió la ancestral Roma cuando, aconsejada por Catón el Censor, vio en el integérrimo Cincinato a su modelo de virtudes y cuando en su lista de treinta y cinco tribus exclusivamente registró cuatro urbanas.

Pero, *redeamus ad rem*, volvamos a nuestro asunto, porque, como reza el lema de su escudo (y que yo prefiero a falta de argumentos definitivos, discúlpenme los espereños, al otro rimado: «tan antigua como cualquiera»), Espera es «antigua como otra Tile». Sí, Espera se nos presenta como una enigmática Tile, que o es un busilis abstruso o se trata, sin más, de la evanescente, legendaria y famosa *ultima Thule* del divino mantuano (*Geórgicas* I 30) y de nuestro compatriota, por *Cordubensis*, Séneca (*Medea* 379), entre otros autores, no pocos griegos y latinos: desde la *Thouílē* del masaliota Piteas, «que dista de Britania seis días de navegación hacia el norte y está cerca del Mar Glacial» (según Estrabón en su *Geografía* I 4, 2) a la de Antonio Diógenes (en Porfirio, *Vida de Pitágoras* 10) y Procopio de Cesarea (*Historia de las guerras* VI 15, 4 ss.; VIII 20, 4 y 6; 25, 11). A *Thule* la llama *Tyle* Plinio el Viejo (*Historia Natural* IV 104) y es, asimismo, la *Thyle* de Estacio (*Silvas* III 5, 20), de Juvenal (*Sátiras* XV 112), de Mela (*Corografía* III 57) y también del mismo Plinio (*op. cit.* II 187). Y ya *Tile* la nombra en el siglo XVI la *Carta marina* de Olaus Magnus y, no mucho después, Rodrigo Caro la reutilizará y hasta llegará a duplicarla a mayor gloria de Híspalis. Al fin y al cabo la raíz indoeuropea (y específicamente griega) *thý-/thýl-* se refiere a la niebla y la oscuridad.

Y teniendo todo esto en cuenta, no nos sorprende demasiado que el Persiles cervantino sea hijo de los reyes de Tule y «*Tule*, en griego, es lo mismo que *Tile* en latín», aclara el príncipe de los Ingenios, en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* IV 12:

la isla que se tiene por última en el mundo [...], cuyo nombre es Tile, a quien Virgilio llamó Tule en aquellos versos que dicen, en el libro I, Georg.:
... *Ac tua nautae numina sola colant: tibi serviat ultima Thule;*
que Tule, en griego, es lo mismo que Tile en latín.

Y por dar lustre a su patria chica no nos extraña tampoco que algún vetusto o moderno amante de sus lares quisiera auparla a los astros comparando a la humilde Espera con aquel remoto paraje *Thule-Thyle-Tyle-Tile* envuelto por la neblina del mítico, arcano y arcaico extremo occidente, o sea, *Hésperos*, el occidental lucero vespertino, el planeta Venus (que en el texto de Estrabón, *Geografía* III 1, 9, se transmutará en diosa y en matutina con la femenina *Phōsphóros* de nuestra Sanlúcar de Barrameda). ¿No iba a ser, entonces, Héspero rey de (H)Espera?

A buen seguro, no muy diferente fue la intención del jerónimo fray Pedro Mariscal de San Antonio en su cometido de historiar las antigüedades de la villa borricha. Y en el caso de Jerez de la Frontera, ¿quién no reconocerá ese mismo proceder en el padre jesuita Martín de Roa, en Rallón mismo, en Bartolomé Gutiérrez o en Joaquín Portillo? Lo afirmó Tito Livio (*Historia de Roma desde su fundación*, prólogo), admitámoslo nosotros:

Datur haec venia antiquitati, ut miscendo humana divinis primordia urbium augustiora faciat.

«Se le concede a la antigüedad esta indulgencia de mezclar lo humano con lo divino para así hacer más augustos los orígenes de las ciudades».

Y a pesar de ciertos excesos perdonables a la hora de encumbrar el propio terruño, es cosa incuestionable y archisabida que la Historia con mayúsculas es «luz de la verdad, [...] maestra (*magistra*) de la vida» (Cicerón, *De oratore* II 36), «la más clara y única maestra (*didáskalos*)», como adelantó Polibio (*Historias* I *ibid.*), y «profetisa de la verdad, metrópoli de toda la filosofía en conjunto» para Diodoro Sículo (*Biblioteca histórica* I 2, 2).

Esto es lo que defiende a ultranza, con su ponderada discreción y respetuosa fidelidad a las fuentes, un apasionado historiador como Ernesto Pangusión Cigales que, en estrecha y fructífera colaboración con Francisco Ramírez Sánchez y Juan Márquez Sierra, se encarga de glosar y anotar escrupulosamente la obra de fray Pedro, aparte de limar y ampliar los estudios e indagaciones llevados a cabo en su momento por don Manuel Barra Rodríguez.

Y son precisamente las palabras de Ernesto las que nos orientan sobre la «tendencia», como él la califica, y los intereses históricos del erudito monje:

En realidad, sigue la tendencia al panegírico de las ciudades como forma de propaganda hacia el exterior y como factor de unidad interna, siguiendo un concepto aristotélico de ciudad ideal y modélica. Típico de este tipo de descripciones es la alusión a una pretendida edad de oro, digna de investigación y restauración, por lo que suele buscarse un origen ilustre (en este caso, Carisa

Aurelia) centrándose más en lo moral («civitas») que sobre lo material de sus construcciones («urbs»).

Rechaza que Bornos sea pueblo despreciable, pues, aunque no es suntuoso en edificios, alberga la imagen del Cristo del Capítulo, devoción muy principal para él y para Bornos, y objeto mismo del libro. Por esa razón, llega a comparar a la población con Belén y Nazareth pues, si ellas albergaron a Jesucristo, en Bornos se guarda «la perfectísima imagen de Nuestro Divino Capitán Crucificado».

Y así es, porque desde la *Carisa cognomine Aurelia* de Plinio (*op. cit.* III 15) y el Burnus musulmán hasta la casa de Ribera (Tratado I); desde don Francisco Enríquez y el monasterio de san Jerónimo hasta los franciscanos descalzos y el convento del Corpus Christi fundado por Per Afán (Tratado II); y desde la sagrada imagen del Cristo del Capítulo, ya en el monasterio en 1553, hasta todos sus milagrosos beneficios para Bornos y su comarca (Tratado III); desde estos temas a aquellos, en un conjunto perfecto, rotundo, fray Pedro nos regala una obra cautivadora y Ernesto Pangusión nos la sazona con toque delicado y exacto, tanto en una introducción de enjundioso contenido como en comentarios y notas de acendrada calidad investigadora.

Pero ya acabo en mi papel de simple ostiario que les abra a los amables lectores las puertas de este templo, que tantos tesoros custodia y tanto patrimonio encierra.

En una ocasión anterior (y veinte años o más no son nada) aproveché el lema de los *Monumenta Germaniae Historica*, el famoso *Sanctus amor patriae dat animum*, para ponderar el exquisito trabajo de Ernesto Pangusión Cigales sobre la *Anexión de Matrera a la corona de Castilla*. Ahora lo refrendo y lo extiendo al victorioso triunvirato, integrado por Ernesto, *primus inter pares*, y sus conmlitones Francisco y Juan, quienes, animados por el sacrosanto amor a la patria (grande y chica), han resuelto con éxito incontestable el empeño de publicar la fascinante historia de fray Pedro Mariscal de San Antonio.

Nos cuenta Cicerón (*Defensa del poeta Arquías* X [24]) que Alejandro Magno se detuvo ante la tumba de Aquiles en el promontorio Sigeo junto a Troya y exclamó:

O fortunate adulescens, qui tuae virtutis Homerum praeconem inveneris!
«¡Oh, afortunado joven, por haber dado con Homero para pregonar tu valor!».

Pues *terque quaterque beati*, celebraríamos con Virgilio (*Eneida* I 94), tres y cuatro veces dichosos son Bornos y el bueno de fray Pedro por haber encontrado a estos tres nobles Horacios en defensa y promoción de su tierra, a esta Tríada Capitolina de la cultura y la educación.

Francisco Antonio GARCÍA ROMERO
Real Academia de san Dionisio de Jerez de la Frontera /
ISCR Asidonense (Universidad Pontificia de Salamanca)